

LOS VIAJES DE FOUCAULT Y LA MATERIALIDAD DE LOS SIGNOS: PHILADELPHIA, BUENOS AIRES

FOUCAULT'S TRAVELS AND THE MATERIALITY OF SIGNS: PHILADELPHIA, BUENOS AIRES¹

Pablo Wright
Sección Etnología, Instituto de Ciencias Antropológicas
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires-CONICET
pwright@filo.uba.ar²

RESUMEN

En este trabajo propongo realizar una exploración etnográfica por algunos de los símbolos culturales que ordenan la vida cotidiana estadounidense, aplicando ideas de Foucault y Ricoeur sobre el modo en que se configuran los órdenes de la realidad a partir de la disposición de signos y símbolos. Este proceso supone la naturalización de ciertas marcas que ordenan el mundo y la conducta de los actores sociales, en lo que es una trama de significados compartidos intersubjetivamente en un contexto histórico particular. De este modo, partiendo de mi experiencia cotidiana de casi tres años viviendo como estudiante doctoral en Philadelphia, comentaré desde un punto de vista antropológico algunos aspectos de la vida en esta ciudad, por ejemplo la conducta vial, los sistemas de señalización, los sistemas de comunicación y radiotelefonía, entre otros, que indican elementos clave de la construcción del sentido común, la noción de persona y ciertos rasgos de su ética cultural. Las ideas que se desarrollarán apuntan a la continuación de una línea de trabajo etnográfico que valora la

¹ Fecha de realización: Mayo, 2017. Fecha de aprobación: Julio, 2017

² Versiones anteriores de este trabajo se presentaron al VI Congreso Argentino de Antropología Social de Mar del Plata, septiembre 2000, y al seminario interno de la cátedra Antropología Sistemática III, Departamento de Ciencias Antropológicas, FFyL/UBA, octubre de 2014. Agradezco a Rick Malloy y Elmer Miller por los comentarios realizados sobre borradores de este trabajo.

comparación intercultural desde una perspectiva postcolonial.

Palabras clave: etnografía – símbolos – postcolonial – desplazamiento ontológico.

ABSTRACT

This paper explores some meaningful cultural symbols that seem to shape and frame American contemporary everyday life from an anthropological viewpoint. To do so, I put in practice ideas proposed by Michel Foucault and Paul Ricoeur concerning the way social reality is shaped through the unfolding of cultural signs and symbols. This process assumes the naturalization of certain truth marks that order the world and the actors' social practices, within a fabric of shared intersubjective meanings in given socio-historical contexts. For, beginning with my everyday life experiences in Philadelphia for three years as a graduate student, I will comment about certain aspects of American culture that called my attention as a foreign anthropologist, i.e., road behavior, written signs and instructions, systems of communication, the mail, among others, that display key elements of the construction of common sense, personhood, and cultural ethics, from a perspective that combines intercultural comparison and postcolonial critique.

Key words: ethnography – symbols – postcolonial – ontological displacement.

INTRODUCCIÓN

Como hecho intersubjetivo, todo orden del mundo es una colección naturalizada de signos y símbolos que se materializa en diversos aspectos como prácticas, ideas, eventos u objetos. La producción de símbolos culturales es un proceso histórico que condensa en formas más o menos discretas la experiencia colectiva de un determinado grupo humano. Así, formas simbólicas, como por ejemplo rituales, mitologías, discursos históricos, y también objetos materiales, como construcciones, monumentos o carteles, cobijan en sí significados de mayor o menor densidad que son inteligibles para quienes tienen las claves para leerlos:

En este orden de cosas, recordamos que Michel Foucault (1980) aportó ideas interesantes sobre el modo en que, en diferentes etapas de la historia europea, se constituyó el orden del mundo a través de diferentes sistemas de marcas o inscripciones. En cada época, aquellas informaban cómo era la legalidad del universo y, por eso, implicaban tanto una epistemología como una ontología. Al ser hechos sociales, sujetos a procesos de enculturación, poseían ese *quantum* de objetividad que otorgan los símbolos estructurados como mundo, en el sentido que Merleau-Ponty le dio a ese término.

Esta forma de inscribir el mundo y los límites de lo real están sujetos a los vaivenes de la economía política de la historia, y Foucault (1980) reseñó con detalle los pasos desde la doctrina de las firmas hasta la matematización del universo, donde se produjo el alejamiento de la subjetividad del observador de la sustancia de lo observado, a manos de los ejercicios de cálculo y de las

pruebas del método científico. De este modo, para la elaboración de esta etnografía parto de una semántica de los símbolos como la propuesta por Paul Ricoeur en su análisis de la obra de Freud (1965). Lo importante en el análisis ricoeuriano es la valoración de la experiencia histórica condensada en las obras de la cultura. Éstas pueden expresarse tanto en el lenguaje, gestos, actitudes y valores, cuanto en las diferentes formas de organización de lo material (Gross 1999).

La evidencia de investigaciones antropológicas, tanto en sectores tradicionalmente alejados de este proceso de racionalización de las inscripciones así como en el centro post-industrial euro-norteamericano, nos muestra los contextos más amplios donde aquellas inscripciones devienen naturales, produciendo *marcas de verdad* que los actores sociales manejan para conducirse por la vida. Así podría decirse que diferentes sociedades o sectores de ellas habitan mundos simbólicos diversos cuya diversidad es parte del devenir histórico que las constituyó. Por ello, es posible pensar como inequívocamente unidas las nociones de mundo, verdad, evidencia y sus correlatos en prácticas sociales concretas. Y la práctica etnográfica del contacto intercultural permite la objetivación de esas marcas de verdad, donde se pueden abrir los sellos que unían de modo contingente -pero necesario para la percepción de los actores sociales respectivos- los signos con los símbolos en una determinada configuración de orden y verdad. Es decir, esas marcas obvias y necesarias para los actores chocan a veces con los presupuestos del observador, para quien estas son a veces reconocibles y otras muchas, inocuas, invisibles o decididamente oscuras.

Hacia ese punto se dirige este trabajo, el cual se basa en un diálogo entre las ideas foucaultianas mencionadas, algunos elementos del análisis simbólico de Ricoeur y mi experiencia de vida en la ciudad de Philadelphia (Pennsylvania, EEUU). En efecto, siendo extranjero, la estadía en ese sitio por un lapso de casi tres años me estimuló la sensibilidad etnográfica para desnaturalizar ciertos elementos de la cultura local que se me aparecían como claramente arbitrarios y teñidos de un manto de alteridad que comprendía a medias.

Imaginé entonces una estadía de Foucault en una de las ciudades que concentran el mayor capital simbólico de la historia estadounidense -allí se juró la independencia de 1776 y se votó la Constitución en 1788, y se la define en los folletos turísticos como "la milla cuadrada más histórica de América"³- tratando de observar qué clases de *signaturas* pueblan el mundo social y qué clases de prácticas realizan los nativos en ese contexto. Esta lectura foucaultiana fue posible a partir tres elementos básicos: mi condición de extranjero, mi bagaje de etnógrafo y el período prolongado en que compartí la cotidianeidad de los *phillies*.

Otra idea que nutre este trabajo es la posibilidad de realizar etnografías de *otros* que no son tradicionalmente estudiados en la antropología latinoamericana. Esta, como integrante de lo que se denomina antropologías periféricas, usualmente se dedica a explorar las múltiples dimensiones culturales, sociales, políticas y económicas dentro del perímetro territorial nacional, o a lo sumo del espacio de América Latina. Por ese motivo, una experiencia etnográfica en territorio *metropolitano* me parecía importante para equilibrar en la práctica los desequilibrios que las preguntas antropológicas

³ "America's most historic square mile", en la revista de turismo de la ciudad, Philadelphia Convention & Visitors Bureau (1990:19).

esparcen por el mundo, muchas veces producidas y practicadas desde espacios del poder académico de lo que en diferentes lenguajes se suele llamar Primer Mundo, Norte, Centro, entre otros eufemismos. Aquí quería proponer mis preguntas desde mis intereses y a través de mis ojos, cuerpo y lenguaje, modelados en el contexto argentino, complementados por algunos diacríticos e imaginario de la diáspora británica/irlandesa en la Argentina. Este movimiento intelectual es parte de lo que hoy se denomina crítica postcolonial, que busca poner en cuestión la naturaleza de los discursos universalizantes y rescatar la posicionalidad geopolítica de la producción de conocimiento (Clifford 1989; Kusch 1976, 1978; Mignolo 1993, 2000; Wright 2005).

En el trabajo me dedicaré entonces a explorar el universo de algunas de las marcas de verdad que más llamaron mi atención, y también efectuaré algunos comentarios acerca del posible origen de estas en la economía cultural de los Estados Unidos. Estas observaciones tienen como elemento necesario mi socialización en el espacio argentino de Buenos Aires, y es desde allí que como sujeto-etnógrafo realicé el desplazamiento ontológico de la etnografía. En este sentido considero que un rasgo central de la antropología, y de su momento experiencial que denominamos etnografía, es el desplazamiento existencial que transita el sujeto-etnógrafo por el espacio de los mundos sociales con los que se conecta. De ese modo, ese desplazamiento ontológico caracterizaría la naturaleza de la antropología como práctica de conocimiento (Citro 1998/1999; Wright 2000).

Para ordenar el análisis de esta experiencia etnográfica en Philadelphia, en primer término, expondré aquellos elementos relacionados con la organización del espacio y del tiempo. Más tarde, los incorporaré al tema de la corporalidad y virtualidad en la vida cotidiana y sus consecuencias en otros órdenes de la vida. Estos comentarios tendrán como nota comparativa el contexto argentino, que sirve de contrapunto al análisis.

MATERIALIDAD TOTAL

Desde el comienzo del periplo, una escritura diferente del mundo ya apareció ante mis ojos en la embajada de EEUU en Buenos Aires cuando tramitaba la visa de estudiante, y ciertos elementos de ella se multiplicaron cuando toqué el suelo continental de aquel país. Allí las marcas aparecían por doquier y no solo atraían mi mirada sino que tenían también consecuencias concretas en el manejo del espacio, el tiempo, y las normas que regulan la conducta social. El primer desplazamiento a los EEUU -y quizás en mayor o menor grado a cualquier país del Primer Mundo- provoca en el observador periférico un asombro instantáneo por la complejidad de las “condiciones de materialidad” existentes⁴. Esto se ilustra desde los detalles más pequeños hasta las formas de mayor tamaño. La riqueza y variedad de objetos es apabullante; su calidad y su tecnología permiten acceder a las máquinas más sofisticadas en cualquier sitio. Las calles, los automóviles, las construcciones, el orden, la limpieza, la suciedad, la cantidad de gente que circula, la oferta de mercancías en los negocios, entre muchos elementos, poseen una cualidad de exceso que relativiza el conjunto de bienes que tiene nuestra sociedad de origen. Esta es la

⁴ Tropo tomado de la Tesis de Licenciatura de Borton (1998), quien cita observaciones, para el contexto educativo argentino, realizadas por María Rosa Neufeld.

primera sensación. Al mismo tiempo, tanto en Miami, Nueva York, Boston, como Philadelphia, existe la pobreza y marginación propias de las sociedades post-industriales en una dimensión difícil de encontrar en Buenos Aires o Rosario, cuyo laberinto urbano proviene de otros procesos históricos. A primera vista, la sociedad de EEUU aparece como un todo complejo, bastante homogéneamente distribuido en el espacio territorial y con una oferta y dinámica cultural que favorece el nomadismo, la migración y la transitoriedad de los lazos sociales. Todo se puede hacer en todos lados ya que con la ayuda de la tecnología diversos servicios están al alcance, tanto en Tampa como en Seattle o Springfield. Todas las cadenas de negocios están en todas partes, v.g. McDonald's, Uhaul, Avis, Ikea, Acme, Pizza Hut, JC Penney, o ToysRus. La estructura comunicacional, la dispersión de establecimientos educativos y universidades contribuye a ese panorama de descentralización relativa. El federalismo práctico también provee de marcos políticos y legales donde las autonomías de los estados son decisivas. Uno busca dónde está el centro de todo "el Buenos Aires cognitivo de acá" pero la búsqueda es fútil. Si bien hay centros urbanos clave, no siempre estos son la capital política o económica del área. Se trata de una topología completamente otra.

Todo es inmenso, y al espacio físico se suma la casi interminable variedad de espacios virtuales que proveen los medios de comunicación, saturando el éter de mensajes, información e imágenes.

Pero ese todo inmenso está poblado de marcas de escritura que guían a la gente por el espacio y el tiempo. Algunas de ellas se comentan a continuación.

SIGNOS-EN-EL-MUNDO

Lo primero que llama la atención al viajero rioplatense de los EEUU es la estricta gramática que ordena el espacio y el lugar de los objetos y cuerpos en él. Es como si fuera necesario escribir todo con el fin de asegurar el control de los procesos y su producto final. Cada fase debe estar necesariamente indicada en forma clara. Esto es posible a través de la profusión de carteles, paneles, posters y también líneas pintadas en paredes o pisos, sogas y cintas que delimitan espacios aptos y prohibidos, entradas y salidas excluyentes. Las instrucciones sobre cómo conducirse en determinadas circunstancias son un juego cultural muy apreciado, desde cómo armar una bicicleta que llega por correo, hasta cómo conducirse como docente en una universidad ¡sin correr el riesgo legal de enamorarse de un/a alumno/a! Es decir, si está escrito es dos veces bueno, e ignorar esos signos trae muchos problemas.

Cuando viajé en 1990 la única empresa que abiertamente controlaba su espacio en el Aeropuerto de Ezeiza de Buenos Aires era la extinta Pan American, cuyos mostradores ya poseían, en esa temprana fecha de esta última fase de globalización, el espacio cerrado de las hileras de pasajeros. Idéntico sistema existía en la embajada estadounidense y a esto se añadía en este último sitio el extraño sistema de puertas que se tiran para abrir y empujan para salir, y el alfombrado total de corredores y oficinas, propio de las construcciones en ese país. Así, entrar en ese recinto, sectorizado según planos y planes estadounidenses, era realmente penetrar en un espacio otro, poseedor de un orden tajante y casi marcial.

Al mismo tiempo, tanto en la embajada como en el Aeropuerto Kennedy o en cualquier cadena de tiendas, el "olor" a "América" invade las pituitarias

(una mezcla de desodorante de ambientes y elementos de limpieza). Es más, todo ambiente debe estar convenientemente aromatizado con algún producto, incluso el exiguo de los automóviles; es como si ese aroma fuera el asignado y valorado socialmente para esos espacios: una fragancia artificial se torna entonces lo más “natural” y esperable a percibir por los sentidos. En Argentina, el aroma puede detectarse a veces en los locales de la antigua cadena de videos Blockbuster o en algún hotel comprado por cadenas de aquel país.

El espacio reglado por las marcas es, entonces, un imperativo categórico que debe obedecerse sin hesitación so pena de multas muy importantes. Este proceso de coerción es el que facilita que las marcas se transformen en parte del paisaje y generen comportamientos casi automáticos por parte de los actores. La conocida cifra costos-beneficios de la *rational choice* (“elección racional”), dominante en la teoría política en EEUU, es puesta en práctica con total pragmatidad. Finalmente, la coerción se asienta principalmente en la existencia de leyes que sancionan los comportamientos correspondientes y dejan al individuo, autónomo, responsable y “libre”, la determinación libre de sus actos. De esta forma, los individuos, en la privacidad de su libertad ciudadana (que descansa claramente en el horizonte de valores del protestantismo) eligen aceptar las leyes o ir contra ellas. Es decididamente un hecho individual. O sea, cada persona decide obedecer el mensaje de los signos por su bien propio y por el bien de la comunidad.

Esto se puede observar en la escuela primaria, donde los niños son educados en las reglas de la institución que, como modelo micro de la sociedad, comienza a socializar a los alumnos en ese sistema de responsabilidad individual y aceptación de las reglas. Allí se explicita cuál será el castigo a recibir si se contravienen. La frase *It's the law* (“es la ley”), posee un significado profundo en los EEUU, y respalda la obediencia a las leyes en todos los niveles de la vida social. La escuela socializa en el conocimiento y obediencia de las reglas; la escuela las tiene, así como la casa y cualquier otra institución. Su conocimiento es clave para la buena *performance* estudiantil, profesional y ciudadana.

La cuestión de las reglas es tan explícita que en una oportunidad Pablito, nuestro hijo mayor que cursaba segundo grado en una escuela pública del barrio, nos preguntó un poco preocupado “¿en esta casa tenemos reglas?”. Asombrados por la inquisición, su madre y yo nos miramos sin saber bien qué decir. Nunca lo habíamos pensado de ese modo y tampoco expresado de esa forma. Algo le dijimos, pero ninguno de los involucrados recordamos con exactitud lo dicho. Sin embargo, tengo la sensación de que se relacionaba con la ayuda en la casa y el respeto mutuo. A pesar de nuestra respuesta dubitativa, recuerdo que él quedó conforme con saber que su familia no era la excepción a un mundo de reglas al cual se estaba asomando. Los “Locos Addams” podían ser otros. Nosotros, en cambio, tratábamos de ser sistemáticos en encontrar una lista de imperativos domésticos, pero nos costó mucho practicar un código que nos hacía sentir como actores trabajando en la obra equivocada.

Las señales de tránsito y el comportamiento vial ofrecen un contexto ilustrativo de la actitud de los actores frente a determinadas marcas de verdad.

Lo primero que sentí cuando manejé en Philadelphia fue que todo el tráfico era muy ordenado. Los automóviles se conducen a una velocidad moderada y los peatones están muy tranquilos caminando por veredas o cruzando calles; no manifiestan temor ante los vehículos, seguros de su derecho y prioridad de paso. Los signos que regulan el tráfico son obedecidos de un modo absolutamente literal, no hay posibilidad de interpretaciones individuales. El

tropo *It's the law* no es ninguna utopía, es una realidad palpable. De este modo, como conductor tuve que re-socializarme en el manejo de este sistema de marcas, a las cuales atribuía -como a casi todas las marcas regulatorias emanadas de alguna autoridad oficial argentina- un valor solo relativo. Esa relatividad se hizo añicos y fue reemplazada por medio de un aprendizaje bastante doloroso, en términos monetarios, del alcance de los signos viales. En efecto, varias multas por no interpretar dónde se podía estacionar y dónde no, de acuerdo a las horas y flechas que los carteles de *No Parking* indicaban, me convencieron de que esto iba en serio. El pago impersonal de la multa, por correo, a una autoridad invisible pero poderosa, fue uno de los momentos clave de mi conocimiento del sistema de coerción social estadounidense. Desde el sistema de marcas de escritura y guía de los movimientos pude acceder a uno de los núcleos que lo nutren de legitimidad y fuerza social. Un sistema lleva al otro (el de castigos) con inusitada y muy eficiente rapidez.

El poder de los signos de *Stop* fue otro hito importante en esta travesía. Al conducir mi viejo Ford Escort rural modelo 1985 -casi una antigüedad de cinco años- lo único que hacía al llegar frente a estos signos era disminuir un poco la velocidad, mirar hacia los costados, y seguir la marcha. Me di cuenta de que había que hacer algo más radical que eso, cuando a los pocos días de comprar el vehículo, una pick-up de la policía de la ciudad me paró, y el policía, después de comprobar muy seriamente que mis papeles y los del Escort estaban en regla, me recriminó que no hubiera detenido completamente la marcha ("*full stop*") frente a ese signo. Después de esa experiencia comencé a entender la extraña situación que se daba en las bocacalles que solo tenían el signo *Stop*. En efecto, el procedimiento era el siguiente: el primero que llegaba a la intersección tenía derecho de paso, una vez que llegaba allí, se detenía antes de dos líneas gruesas de color blanco pintadas en la calle, miraba a la izquierda, a la derecha, y nuevamente a la izquierda y solo entonces retomaba la marcha. Observé esta situación en lugares de gran tráfico y el *diálogo* entre conductores era silencioso y preciso, uno pasaba, luego el otro, y así los demás. Había una suerte de consenso en aceptar el orden de llegada a la bocacalle. Es más, la ciudad de Philadelphia, para cortar gastos, propuso en muchos sitios, sacar semáforos y reemplazarlos por signos de *Stop*, hecho que no generó mayores problemas.

Para mi habitus argentino esto era bien diferente y me hizo reflexionar sobre nuestro comportamiento en bocacalles recién cuando un colega de aquel país me imploró que le dijera cómo hacían los argentinos en estos lugares, porque no podía entender cuáles eran las *normas*. Claro, él buscaba comportamientos a partir de su propia experiencia con *sus marcas de verdad* y aquí o bien no las había, o si las había, ¡todo el mundo actuaba como si no existieran! Allí entonces pude objetivar qué hacemos nosotros, y es más o menos como sigue: el signo "Pare" (que no es tan común como allá, así como los buzones) no merece mayor consideración, solo una leve rebaja de velocidad y/o de marcha, la regla de paso es una negociación entre conductores, donde se da una secuencia de *flujos*, o sea un conjunto de vehículos que pasan, luego otros, y así sucesivamente. El derecho de paso no está dado automáticamente por la precedencia en el orden de llegada a la intersección, aunque en algunos casos sí es así. Lo común es que el tamaño del vehículo muchas veces determina el derecho de paso. Esto lo experimenté drásticamente cuando pasé de tener un también viejo Ami 8 1972, a una VW kombi 1981. El cambio de tamaño no alteró mi comportamiento vial, hasta que me di cuenta la reacción de los otros a *mi* tamaño. A pesar de llegar después a las bocacalles, los demás casi siempre me dejaban el paso, salvo que

el de enfrente fuera un colectivo.

Además de esto debo confesar que a mi regreso a la Argentina, durante bastante tiempo conservé la rutina vial aprendida allá. Así muchas veces mis amigos me salvaron de morir aplastado por un colectivo⁵ aunque yo tuviera derecho de paso, o, como conductor, recibí bocinazos por dejar pasar en una bocacalle a alguien que había llegado primero o a transeúntes que cruzaban porque les tocaba el turno. Conservé aun hoy parte de estas rutinas, sobre todo el uso de la señal de giro, la disminución de velocidad en bocacalles y el uso casi inconsciente del cinturón de seguridad. Una prueba de la importancia colectiva de las diferencias en conducirse a través de esta selva de signos es que mi comportamiento en los cruces no es comprendido totalmente por peatones ni conductores, ya que dejo pasar cuando debería acelerar, o permito cruzar la calle a alguien, cuando lo lógico sería que ellos esperaran mi paso primero. En muchas oportunidades lo único que logro es quebrar un orden *natural* de flujos que poseen otras reglas a las que tengo interiorizadas hoy en día, con la consabida sanción verbal de los actores protagonistas de estas situaciones.

En cuanto a los signos en calles y rutas, en Philadelphia se respetan en casi la mayoría de los casos. La velocidad máxima en rutas es controlada por radar y las multas son muy altas. Por eso, ir en una ruta, como por ejemplo la Pennsylvania Turnpike -la primera autopista del país- es bastante aburrido y monótono. A esto se añade la casi obsesión (para nosotros) de indicar los cambios de dirección con las luces de giro, todo lo cual permite prever el comportamiento de los demás, no hay necesidad de improvisar ante la obsolescencia del sistema, como sería en el caso argentino. A veces, de tanto improvisar, nos olvidamos que existen leyes y marcos legales que, de ser obedecidos, nos ahorrarían un gran esfuerzo creativo. Pero esta actitud colectiva se basa en una experiencia histórica frente al rol del estado y las instituciones en la regulación de la sociedad civil. Nos caracteriza una suerte de rebeldía constante, contra-hegemónica, y ella, en términos de la entropía del sistema, tiene un efecto de retroalimentación negativa. No hay norma que aguante nuestro deseo de interpretación y de dependencia de las eternas coyunturas por las que nuestra sociedad atraviesa.

Por otra parte, en EEUU existe un alto grado de previsibilidad social dado por la infraestructura material, institucional y los mecanismos tecnológicos de control social. Es más, prever, planificar, son conductas muy bien apreciadas en todos los órdenes. Un tráfico vehicular ordenado, disciplina fiscal de contribuyentes, logros tecnológicos de diversa naturaleza emergen de prácticas sociales donde el trabajo a largo plazo es posible, necesario e ineludible. Ir en contra de esto trabaría la fábrica social de forma inaceptable.

De allí que la certeza depositada en la escritura del mundo garantiza de algún modo que la energía *creadora* pueda colocarse en otra parte. En nuestro contexto, por otro lado, gastamos nuestra energía en transitar hermenéuticamente activos por las marcas de verdad que nuestra sociedad elabora. Es muy común en nuestro contexto, que nuevas administraciones hagan una reinención de signos de identidad, con el consecuente gasto económico y sus efectos negativos en la continuidad de la historia cultural local.

Retornando a las marcas viales de Philadelphia, es increíble observar la actitud de transeúntes y conductores frente a los colectivos escolares. Son una suerte de “vacas sagradas” de la calle, ya que todo el mundo está absolutamente obligado a parar la marcha cuando se detiene un colectivo escolar, y se debe

⁵ Nombre popular que se da en la Argentina a los buses de transporte público.

esperar hasta que el signo de *Stop* desplegado en uno de los lados del mismo, se repliegue nuevamente. Cuando los estudiantes se suben o se bajan del colectivo el mundo se para literalmente alrededor de ellos. Así lo dice la ley, y así se protege a los más jóvenes de los peligros de la calle.

Por otra parte, los carriles pintados en la calle se deben respetar religiosamente, y cualquier cambio de carril debe ser precedido por las correspondientes luces de giro y reducción de velocidad. La velocidad de reacción de los conductores estadounidenses a los ojos de un argentino medio es bastante reducida, y esto puede deberse a la conjunción de dos factores: (1) respeto a las normas, lo cual aplaca cualquier maniobra brusca (aunque hay obviamente excepciones) y (2) el tipo de caja de cambios automática, muy común en EEUU, que no permite el control rápido de la aceleración de los vehículos.

Cambiando el contexto, como se mencionó antes, el control de los movimientos en el espacio es patente en instituciones como bancos, ministerios, aeropuertos, centros de compras o universidades. Una lógica única parece regirlos a todos: para un adecuado rendimiento según la ecuación costos-beneficios es necesario controlar los flujos de circulación humana. El ejemplo de las líneas guiadas con cintas ya indicado para la embajada de EEUU en Buenos Aires se repite casi en forma idéntica. A esto se puede añadir la presencia de televisores en bancos y salas de espera de hospitales, donde se transmiten programas de entretenimiento, en el primer caso, y educativos, en el segundo. En cuanto a la omnipresencia de los televisores, esto se observa también en pequeños aparatos que funcionan a monedas en aeropuertos y terminales de ómnibus.

Por último, el control de los flujos es evidente en la discriminación de entradas y salidas, y dentro de instituciones donde se poseen materiales sensibles (museos, universidades, ministerios, etc.) existen accesos restringidos controlados por medio de tarjetas, donde se puede rastrear el movimiento de cualquier empleado por cualquier sitio del edificio. Asimismo, en muchos casos estos circuitos están indicados con líneas de diferentes colores que señalan la calidad de los destinos y la clase de personas que tienen acceso a cada lugar. Cada uno va por donde debe y puede.

En este sentido, así como tuve problemas con el signo de *Stop*, tardé mucho tiempo en acostumbrarme a este tipo de circulación controlada. Al principio todas esas marcas eran directamente invisibles, y me daba cuenta de que estaba en lugares equivocados por la cara de policías, cuidadores o autoridades migratorias. Salía por entradas, pisaba líneas prohibidas o no seguía los itinerarios prefijados. Sentía que se me recortaba la libertad de movimientos y que no tenía gran sentido dirigir tanto los cuerpos de la gente. No obstante, tuve que aprender a respetar esas marcas y poco a poco comenzaron a integrar la naturalidad de mi rutina. Sin embargo, ante cada nueva institución que visitaba, repetía mis errores y terminaba en entradas de acceso restringido o en puertas sin la tarjeta necesaria para franquearlas. Eso me provocaba una gran pérdida de tiempo y una desorientación cognitiva importante. Es decir, la lectura de signos es una rutina cognitiva que tiene consecuencias en múltiples niveles del ser.

CUERPOS PRESENTES, CUERPOS AUSENTES

En la sociedad estadounidense la tecnología está completamente integrada en la cotidianeidad de la vida; esto ocurre desde los tempranos días de Ben Franklin, quien combinó de forma increíblemente coherente su inventiva creadora con una visión racionalista de la economía. La unidad sagrada “tiempo es dinero” plasmó el universo cultural de sus connacionales desde entonces⁶. De este modo, para un observador argentino, la presencia de aparatos, máquinas y mecanismos invade todas las esferas de la existencia. Así, la interacción ser humano-máquina es ya casi un hecho de la naturaleza, y ello garantiza economía de recursos, rapidez y eficiencia. Lo contrario a esto, el contacto cara-a-cara, es visto ahora como innecesario y *time consuming*, según dicen los nativos. Así, las marcas del mundo incluyen a estos mecanismos tecnológicos, plenos de señales, textos e instrucciones, racionalmente redactados, para que el ciudadano libre, autónomo y confidente de la tecnología, pueda desarrollar sus negocios sin problemas.

Un ejemplo ilustrará este punto. A poco de llegar a Philadelphia, cuando ya había encontrado un departamento para alquilar, comencé los trámites para conseguir un teléfono. En aquellos días (1990) conseguirlo en dos o tres días para mí representaba algo asombroso y casi inimaginable. Averigué entonces que debía realizar el trámite por teléfono, ya que de ningún modo se me iba a atender personalmente en la empresa, no había ventanilla alguna. Esto ya me pareció raro, pero no pasó a mayores. Es casi una regla universal que hablar por teléfono un idioma poco dominado es uno de los mayores suplicios que un extranjero pueda sufrir en tierra ajena. Aquí comenzó el mío: después de pasar unas ocho instancias con operadoras grabadas, donde se ofrecían demasiadas opciones de servicio, había que aceptar o no las mismas pulsando teclas, pero como no entendía demasiado el lenguaje, pulsé lo que pude. Obtuve en efecto el servicio, pero más tarde, a través de mi bendito teléfono, debí cancelar todas aquellas opciones que había elegido sin saber, o mejor dicho, sin oír demasiado bien la oferta. Además, tantas ofertas de servicio me parecían (aún hoy) totalmente superfluas: lo único que yo deseaba era poder comunicarme, nada más. O sea, paradójicamente, a la distancia extrañaba esa metafísica de la ventanilla y la cola tan característica de nuestro modo de vida. A esto se debe agregar que el portero eléctrico del edificio funcionaba a través del teléfono mismo, así que estuve una semana incomunicado con el exterior en un doble sentido. Me exasperaba la sensación de aislamiento del resto de la gente y de ese contacto personal que era una regla clave en mi experiencia previa con las instituciones.

Se puede decir que en la sociedad estadounidense los cuerpos orgánicos muchas veces están demás y estorban la circulación de la materia del mundo, que incluye como aspectos clave el tiempo, el dinero, y la información. Los cuerpos quizás ocuparían un cuarto lugar, siempre mediando algún dispositivo de control de la circulación. Mi sensación es que el cuerpo así nomás, como viene al mundo, necesita aquí de estos complementos tecnológicos para terminar de completarse. De lo contrario sufre de una desnudez ontológica que provoca

⁶ En relación al papel del dinero en la sociedad estadounidense, puede consultarse el interesantísimo trabajo de Ruben Oliven (1998) que surge de su estadía en ese país como profesor visitante en la Universidad de California en Berkeley. Su análisis comparando EEUU con Brasil es útil para futuras investigaciones de este tenor, no solo en relación a este tema sino también a otros.

angustia cuando las marcas del mundo fallan o, directamente, no están. Cuando lo planificado sucumbe, la capacidad de improvisación o su puesta en práctica es como un hecho casi pecaminoso frente al orden total.

No es necesario señalar aquí cómo un argentino, o en general alguien de América Latina u otros países del sur, se sienten respecto de esta ausencia de cuerpos presentes y de las mediaciones tecnológicas. En general, la infraestructura material en nuestros países es deficiente u obsoleta, y entonces cualquier aparato posee un plus de significado para nosotros, los cuales, si bien estamos muy a gusto con ellos, no terminan el proceso de naturalización como objetos propios del mundo y no creados por el trabajo humano.

La mediación tecnológica es tal que en muchísimas situaciones de interacción se reemplaza sin culpa el ser humano por la TV y el video. En una oportunidad, cuando queríamos bautizar a nuestro hijo Dieguito, que nació en Philadelphia en 1992, fuimos a la iglesia más cercana a nuestra casa y el cura, después de hablar unos ocho minutos con nosotros, nos invitó a pasar a un lindo salón, donde ¡a través de un video se explicaba cómo era todo el proceso de bautismo! Permanecemos atónitos mirando el video junto con otra pareja de padres, reflexionando sobre la mística del encuentro interpersonal y lo que sentíamos era una extrema frialdad en la administración de los asuntos religiosos. Es como si hubiera sido una entrevista laboral, rápida, eficiente, donde lo importante era completar sin problemas el proceso. El acompañamiento, la fraternidad y la guía espiritual, si estaban allí, nosotros, a través de nuestros cuerpos desplazados y casi diaspóricos, no los pudimos encontrar.

En otra oportunidad mi ex mujer, a punto de dar a luz a Diego, comentó a una enfermera del hospital que pensaba amamantar al bebé; entonces después de iluminársele a ella el rostro por esa decisión tan *humanamente correcta*, se podría decir, fue rápido a buscar una TV y le pasó un video que enseñaba como se amamantaba a los recién nacidos, y las bondades de hacerlo -algo, por otra parte, poco usual en la clase media de este país-.

Como se mencionó antes, la transmisión de información apelando a la TV en reemplazo del contacto personal es un hecho ya natural en infinidad de situaciones. La relación ser humano-máquina de realidad virtual constituye una relación obligada sin posibilidad de cambio; esto se observa en la multiplicación de los cajeros automáticos con la simétrica creación del increíble término de *banca humana*, las máquinas expendedoras de boletos de transporte y las máquinas que toman los primeros exámenes para el registro de conductor.

Esto último merece un comentario adicional. Cuando se me venció el registro internacional, me anoté para sacar el registro del estado de Pennsylvania. Para ello, fui a una oficina donde retiré la información contenida en un par de folletos. El primer examen consistía en una suerte de *multiple-choice* automatizado, una vez aprobado, se pasaba al examen de normas de tránsito y manejo in situ. Siendo una ciudad cosmopolita, el día del primer test, cuando me acerqué a la máquina, detrás de mí había una fila de unos 100 metros de candidatos coreanos, chinos, rusos, hindúes, portorriqueños y una pequeña minoría de estadounidenses. Con la presión de tanta gente detrás, más la impersonalidad de la máquina, mi ánimo no era el mejor. De este modo, el examen consistió en elegir opciones a una serie de situaciones viales que una pantalla mostraba, donde a veces la imagen y las respuestas posibles contenían alguna trampa, para evaluar la rapidez y atención que uno ponía en la resolución de la pregunta (principio básico, por otra parte, del sistema de evaluación de rendimientos en la sociedad estadounidense). Había un mínimo

puntaje para poder pasar al siguiente paso. Aquí experimenté mi primer fracaso en el sistema local, ya que mi puntaje fue inferior al requerido. Atribuí mi baja *performance* al sistema extraño al que fui expuesto y al exceso de gente que esperaba su turno. Aterrado por la idea de que este fracaso se extendiera a la universidad, postergué mi reincidencia por un par de meses, hasta recuperar la confianza perdida, y manejé en forma ilegal durante ese lapso, corriendo los inmensos riesgos legales que ello implicaba. Al final, decidí dar el examen en otra parte más tranquila de un suburbio bastante lejano, donde vivían unos amigos argentinos, quienes me llevaron a la oficina y me acompañaron durante todo el trámite. Esta segunda vez fui afortunado en conectarme con la máquina, ignorar sus trucos audiovisuales y de manejar, luego, de modo totalmente fundamentalista, según las instrucciones del evaluador que estaba a mi lado, el cual en un momento me tuvo que recordar que ante el signo de *Stop* había que parar completamente el vehículo, no como yo lo había hecho, *argentinamente*. En esta segunda etapa del examen me sentía tranquilo al entender mejor las formas comunicativas cara-a-cara y las marcas de verdad en juego.

MUNDOS Y MARCAS

Las situaciones descriptas a lo largo de estas reflexiones presentaron algunos modos de la escritura de mundo en los EEUU y también qué clase de comportamientos genera. La mirada de estos fenómenos se construyó a partir de mi posición de argentino, etnógrafo y migrante temporario a ese país; un viaje de la periferia al centro, con todas las consecuencias político-culturales que ello implicaba. Un verdadero viaje por los “ejes de la alteridad” al decir de Fredric Jameson (1990).

Mi mirada, posicionada desde otra parte, se fascinó o sufrió ante una escritura del mundo diferente, tanto en la gramática como en el marco legal que lo autorizaba. La colección de firmas comentadas arriba, que conformaban el horizonte de signos naturales para los actores, no aparecía así a mis desacostumbrados ojos y cuerpo. Tenía ante mí una serie de marcas de verdad, el producto final de un proceso de cristalización, estabilización y condensación simbólica asentado en la economía política de la historia estadounidense. De este modo, lo que veía ante mí, tenía una arqueología de sentido donde la mutua confluencia del protestantismo ascético, el desarrollo capitalista y el imperialismo económico-militar eran las fuerzas que consolidaron el orden del mundo estadounidense en sus criterios básicos de verdad. Estas fuerzas de gravitación dieron forma al mundo simbólico de imágenes, objetos y representaciones que hoy día se cristalizan en signos naturales que indican una peculiar interpretación del tiempo, el espacio, el cuerpo y la tecnología. Dentro de este proceso, el fordismo, heredero de los alcances de Revolución Industrial en Inglaterra, modeló un sistema de producción en serie cuya lógica de estandarización se extendió por toda la cultura estadounidense. Además de esto, la fuerza coercitiva de las leyes estabilizó la interpretación de los signos creados para ordenar la producción, circulación y distribución de bienes materiales y simbólicos.

Dado el poder económico actual de este país, esta escritura del mundo se difundió por todo el planeta y, a diez años de mi viaje, muchas de estas marcas ya se comparten en muchos sitios casi como algo vernáculo.

Por otra parte, la arqueología de mi mirada se basa en una experiencia

histórica de rebeldía a la escritura del mundo instaurada por un estado moderno periférico y en una tradición cultural nacional de raigambre europea cristiana-católica. Es posible decir que esta confluencia de tradiciones, sumada a las cosmovisiones indígenas, generó un horizonte donde el sujeto moderno, no tan liberal ni autónomo, ejerce una “libertad” hermenéutica frente a las marcas de verdad. La sospecha sobre la legitimidad de estas marcas, que tiene su base en el alcance parcial de consensos sociales sobre la organización de la sociedad, nutre esa actitud de duda ante los signos. La actitud ante ellos es tanto de sospecha como de indiferencia. Por otra parte, la valoración de los cuerpos orgánicos y el contacto cara-a-cara, propio de un capitalismo que aún no racionalizó todas las etapas de la producción y de un bagaje tecnológico no tan sofisticado, o incompleto, o en decadencia, produce sujetos que calculan tanto como improvisan, y se valora más lo segundo que lo primero como característica cultural propia frente a la eficiencia del Primer Mundo. La crisis que arrecie aquí quizás sea la de la presencia, no la de la ausencia de cuerpos.

La lógica cultural de las marcas del mundo estadounidense también se apoya en un desarrollo del estado que racionalizó sus diferentes funciones, creando marcos legales que funcionan casi automáticamente en muchas situaciones. Así el cartel que indica dónde y cuándo se puede estacionar, al mismo tiempo anuncia qué multa se cobrará por no obedecerlo, o a qué sitio la grúa se llevará el auto contraventor. Idéntico caso es el de los sobres de correo de uso estatal, que indican la multa por su mal uso. El contrato establecido entre la sociedad civil y el estado, y la arquitectura de la esfera pública genera un mundo de signos naturalizados, de íconos *de orden* que garantizan la organización racional y dinámica de la producción social. Así, este contrato supone un esquema ontológico que unifica al ciudadano con el cliente, el consumidor, el creyente, el contribuyente y el sujeto libre, autónomo y responsable que navega a su cuenta y riesgo por el océano de signos, escrituras, y textos del mundo.

SÍNTESIS

Este trabajo es un primer intento de lectura de los símbolos y signos del mundo estadounidense desde una etnografía nutrida por las perspectivas foucaultiana y ricoeuriana. Un próximo paso sería la construcción de una mirada igualmente extrañada de nuestra propia lógica cultural como aparece en la *performance* de la vida cotidiana. Para eso, será precisa la inversión del desplazamiento ontológico y una desnaturalización mayor de los signos propios. La construcción de esta mirada será posible a través de un conocimiento de la economía política de la historia nacional, de una etnografía de símbolos y prácticas frente a los signos de nuestro mundo, y de los principios que legitiman las conductas privadas y públicas de los ciudadanos.

Por último, y desde una perspectiva general, este enfoque etnográfico simbólico permite estudiar, analizar y comprender cómo los sujetos sociales, en forma de individuos o colectividades, están atravesados por un contrato semiótico, cuya semántica obedece a un proceso de naturalización, de rutinización de marcas del mundo. Este, como hecho histórico posicionado, a su vez está formado por procesos de hegemonía y resistencia, anclados en la existencia de consensos sociales en las esferas pública y privada, lo cual nos lleva al marco jurídico-legal y económico de la sociedad. La interacción de estas esferas, su legitimidad, cohesión y tensión diferenciales mostrarán indicios a

nivel teórico de la clase de contrato semiótico-semántico que se operará en las prácticas sociales. Y como dijera Wittgenstein, como toda regla es una práctica, entonces tenemos que a través de la práctica la regla es actuada, modificada y adaptada a las variadas circunstancias que enfrentan los individuos. Así se puede observar una regla-como-práctica que puede estar más o menos alejada de la regla-como-teoría⁷. El análisis de esta distancia puede ofrecer interesantes resultados tanto para una teoría intercultural de la socialización de las marcas del mundo como para niveles de políticas aplicadas al mejoramiento de la calidad de vida, al comprender algunos de los parámetros simbólicos que guían nuestros movimientos por el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Borton, A. (1998). *Afiliación y reproducción social: disputas por la acreditación de saberes en el Programa del Bachillerato Internacional*. (Tesis de Licenciatura). Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Citro, S. (1998/1999). La multiplicidad de la práctica etnográfica: reflexiones en torno a una experiencia de campo en comunidades tobas. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 18, pp.91-107.

Clifford, J. (1989). Notes on travel and theory. *Inscriptions*, 5, 177-188.

Foucault, M. (1980). *Las Palabras y las Cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.

Gross, E. (1999). Hermenéutica e Religiao a partir de Paul Ricoeur. *Numen. Revista de estudos e pesquisa da religiao*, 2(1), 33-49.

Jameson, F. (1990). Modernism and Imperialism. En: T. Eagleton, F. Jameson y E. Said (eds.), *Nationalism, Colonialism, and Literature* (pp.43-66). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Jordana, V. (2000). Esa costumbre de violar las normas. *La Nación*, 4 de agosto.

Kusch, R. (1978). *Esbozo de una antropología filosófica americana*. Buenos Aires: Castañeda.

Kusch, R. (1976.) *Geocultura del Hombre Americano*. Buenos Aires: García Cambeiro.

Mignolo, W. D. (2000). *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press.

Mignolo, W. D. (1993). Colonial and Postcolonial Discourse: Cultural Critique or Academic Colonialism. *Latin American Research Review*, 28(3), 120-131.

Oliven, R. G. (1998). Looking at Money in America. *Critique of Anthropology*, 18(1), 35-59.

⁷ A este respecto, un artículo en el diario La Nación de Buenos Aires, en la sección de Información General, titulado "Esa costumbre de violar las normas" (Jordana 2000, 19), expresa con claridad y ejemplos cómo conductores y peatones de Buenos Aires transitan por la ciudad violando reglas que conocen, dada en algunos casos la total inexistencia de un sistema efectivo de castigos y multas. Este tipo de conducta, es mi impresión como ciudadano argentino, puede extenderse a muchos ámbitos de la vida, teniendo, en este sentido, consecuencias muy negativas para el funcionamiento total de las instituciones sociales. Nuestra ambigüedad hacia las reglas y las "normas" es una verdadera cultura, un ethos insoslayable que hunde sus raíces en la historia política, económica y social del país.

Oliven, R. G. (2012). A Brazilian Anthropologist Studying Money in America. *North American Dialogue*, 15(1), 9-12.

Philadelphia Convention & Visitors Bureau. 1990. America's most historic square mile. Philadelphia: Penn Publishing Co.

Ricoeur, P. (1983). *Freud: una interpretación de la cultura*. Madrid: Siglo XXI.

Wright, P. (2000). Postmodern Ontology, Anthropology, and Religion. *Culture & Religion*, 1, 85-94.

Wright, P. (2005). Cuerpos y espacios plurales. Sobre la razón espacial de la práctica antropológica. *Indiana*, 22, pp. 55-74.

